

hacia el altar de su sacrificio: lo que para ella era lo mismo que consumarle; porque su delicadeza en todo lo que se llamaba honor, hacia casi incapaz de faltar, aun en la apariencia, á lo que habia ofrecido. Luego que tomó el hábito, principió á gozar de las delicias puras con que inunda el Señor á las almas que se hacen violencia para servirle: y como era muy afecta á las cosas de la Religión, no encontró nada en todo el año del noviciado que dejase de agradecerla en las prácticas regulares; solo que su sensibilidad, en materia de pundonor, sufría con molestia las reprensiones afectadas y las fingidas demostraciones de desprecio.

Antes de entrar en el claustro habia gustado Teresa de la disipacion y de las lecturas y conversaciones frívolas; y como la clausura no nos hace impecables, aunque contribuye á que evitemos el pecado evitando las ocasiones de caer en él, volvió insensiblemente á sus antiguas conexiones, aficionóse á los pasatiempos frívolos y á las vanidades mundanas, dividió su corazón entre su Dios y sus falsos amigos, y fortificando los hábitos que se habia propuesto olvidar al retirarse del siglo, llegó á no hacer caso de los pecados veniales y aun á no huir las ocasiones del pecado mortal, aunque su solo nombre la llenaba de horror. El cielo tenia puestos los ojos en esta ilustre predestinada, y para sacarla de un estado tan peligroso, mostróla, estando orando, el lugar que la estaba ya preparado en los infiernos si tardaba en dar fin á sus infidelidades. En un terreno cubierto de un lodo inficionado que exhalaba un hedor intolerable y estaba lleno de una infinidad de reptiles venenosos, divisó un subterráneo muy largo y estrecho semejante á una cloaca tenebrosa, y que terminaba en una pared en cuyo grueso habia una cavidad á manera de nicho. Siéntese de súbito arrastrada al lodo de aquel lugar espantoso, y hállase dentro de la cavidad de la pared que se estrecha por sí misma, la aprieta, la muele, la consume y la abrasa hasta la médula de los huesos con los ardores

de un fuego tanto mas activo cuanto que estaba mas concentrado y se encarnizaba únicamente en su presa. Parecíala que la ahogaban y despedazaban, y en medio de su desesperacion, que era mucho mas cruel que todos los instrumentos de su suplicio, tiraba solo á destruirse á sí misma y á hacerse pedazos. Por mas crueldades que fuesen los dolores que habia experimentado Teresa en una larga série de enfermedades, las mas insoportables que podian padecerse segun la relacion de los médicos, protesta que todo esto era nada en comparacion de la violenta agonía en que estaba su alma en aquella formidable prueba de la divina justicia.

La Santa recibió otros favores mas singulares que este terror dichoso. La vision de la santa humanidad del Salvador, la de la Reina de las vírgenes y de muchos Santos, el don de contemplacion y de lágrimas, los éxtasis y los raptos, muchas veces en público, no obstante su gran repugnancia á servir así de espectáculo, y á pesar de su resistencia y de todos sus esfuerzos, fueron tan frecuentes y tan famosos, aun en el tiempo en que no estaba del todo libre de sus imperfecciones, que se hallaban divididos en esta parte los juicios de los doctores y directores mas ilustres de España. Por espacio de cerca de veinte años despues de haber entrado en el claustro, tuvo su corazón repartido entre Dios y la vanidad, y en estos veinte años no cesó Dios de favorecerla con los dones mas prodigiosos para llamarla del todo hacia sí. Esto fué lo que causó tanta incertidumbre á sus confesores acerca de la sublimidad de su oracion, pues no la veian establecida en el fundamento sólido, esto es, en la mortificacion cristiana y en el desprendimiento de las criaturas y de sí misma. Pero la gracia mas singular y preciosa que otorgó entonces el Señor á Teresa fué inspirarla y conservar en ella, mientras duraron estos tiempos nebulosos, un horror sincero al vicio con las virtudes principales del cristianismo, y muchas en grado eminente. Mantúvose su alma siempre tan

pura, que en la edad mas avanzada, cuando sus hijas la comunicaban las inquietudes de su conciencia y la pedian consejo acerca de las importunidades que causa esta carne de corrupcion á las almas mas fervorosas, no entendía aquella vírgen, semejante á los espíritus puros, lo que obligaba á gemir á las demas. Eran iguales á su pureza su caridad y humildad. Nunca dió la menor señal de odio ó de envidia; nunca se prefirió ni aun á la menor de sus hermanas; todas la parecían infinitamente mejores que ella, y cuando éstas no opinaban del mismo modo, creía que Dios por sus altos juicios las vendaba los ojos para que no viesen el número y la gravedad de sus faltas. Disponíala así el Señor muy de antemano para que fuese, á pesar de sus flaquezas, el instrumento de sus obras mas brillantes. Cuando despues se vió combatida de contradicciones, perseguida y molestada en extremo durante la penosa carrera de sus fundaciones, ya por los superiores y ya por personas particulares destituidas de todo carácter, siempre juzgó que sus perseguidores tenían razon, que por lo menos habian tenido buenas intenciones, y que sus reveses nacían únicamente de su imprudencia ó de alguna falta secreta en que habria incurrido.

No fué guiada la beata Catalina de Cardona por unos caminos menos extraordinarios que los de Teresa que le profesó una amistad íntima, y nos ha transmitido lo que vamos á referir (1). Descendía Catalina de la ilustre casa de los duques de Cardona, y añadió la penitencia y las mas rigurosas maceraciones á una inocencia angelical, aun en el tiempo en que vivía en el mundo con las personas de su clase. Pero deseando adelantar mas y mas en el camino de la perfeccion evangélica, y entregarse sin obstáculo á la penitencia, formó el designio de retirarse á algun lugar solitario y oculto, donde solo Dios fuese testigo de sus ac-

ciones. Comunicó su pensamiento con varios directores, que considerando únicamente las consecuencias de un fervor indiscreto y juzgando de Catalina por las reglas comunes, procuraron disuadirla. Tomó en fin por confesor á un religioso de San Francisco llamado el P. Francisco de Torres, hombre de oracion, muy verificado en las cosas interiores y sumamente práctico en el discernimiento de espíritus, el cual reconoció en su penitente una alma de extraordinaria energía, y no se detuvo en aconsejarla que respondiese á la voz que la llamaba, contando con las gracias que Dios comunica á los que no saben negarle nada.

Un ermitaño de Alcalá, á quien suplicó que la guardase secreto inviolable, llevóla al sitio desierto, donde fundó despues para los carmelitas descalzos el monasterio de nuestra Señora del Socorro, á tres leguas de Villanueva de la Casa. Hallando allí una pequeña caverna, en que apenas cabía una persona, quedóse en ella la Santa sola, con tres panes que la dejó el ermitaño sin ninguna otra provision. Vivió en aquel sitio mas de ocho años, y en la mayor parte de ellos no tuvo mas alimento que las yerbas y raices que crecían en un parage tan inculto. Encontróla casualmente despues un pastorcillo, y solía llevarla algunos menudugos de pan, ó un poco de harina, con la que hacia unas tortitas insípidas, teniendo para tres dias con cada una de ellas. Perdió de tal modo el gusto con este método de vida, que en ciertas ocasiones en que la natural condescendencia de su carácter la obligaba á tomar alguna cosa mas nutritiva, no podía su estómago recibirla bien. En cuanto al vino ignoramos que lo probase nunca. Aunque no nos constan las demas austeridades á que se entregó, y cuyos únicos testigos fueron casi siempre Dios y su gruta, con todo eso, como era muy inclinada á la penitencia y no tenia persona alguna que pudiese moderar su fervor, debemos creer que fueron terribles. Los cilicios, las disciplinas y las cadenas de hierro que

(1) Fundac. de Santa Teresa, c. 27.

aplicaba á su cuerpo, eran tan crueles, que una pobre muger que se hospedó en el mismo cuarto que ella en una peregrinacion, y fingió que dormia de noche, se quedó horrorizada al verla limpiar la túnica que estaba toda llena de sangre. Siendo su vestido del paño burdo que usaban los mas infelices aldeanos, bastaba por sí solo para formar un áspero cilicio.

Habiéndose dilatado la fama de su virtud despues de algunos años de tan maravillosa penitencia, acudia un gentío inmenso para ver por sus propios ojos lo que habian oido referir. Aunque la eran muy sensibles estas distracciones, hablaba á todo el mundo con mucha dulzura y con una caridad afectuosa, de suerte que nunca se la advirtió la menor señal de impaciencia. A pesar de su profunda humildad vióse obligada muchas veces á darles la bendicion, porque no querian retirarse sin este consuelo. Al cabo de ocho años tuvo inspiracion de fundar en el lugar de su retiro un monasterio de carmelitas descalzos, de los cuales no podia tener noticia como no fuese por revelacion. Pasó con este objeto á la villa de Pastrana, donde se acababa de establecer un convento de la misma orden, fundacion de la princesa de Éboli, su antigua amiga. Tomó allí el hábito del Carmelo, pero sin abrazar la vida religiosa, á la cual no tuvo nunca inclinacion. Guiábala el Señor por otro camino, y no queria que una austeridad tan á propósito para reanimar el espíritu de penitencia, ó á lo menos para confundir á los pecadores impenitentes, quedase abismada en la oscuridad del claustro.

Fuéles necesario ir á la corte para remover los obstáculos que se oponian á la fundacion; y fué esta sin duda alguna la diligencia mas penosa para ella despues de haber abandonado aquella merada de la vanidad y de la falsa prudencia del siglo. No la sirvió de poca mortificacion el haber de sufrir en el camino los testimonios de la veneracion de los pueblos que salian á su encuentro; cercaban las posesiones

donde descansaba, y cortaban pedazos de sus hábitos, para conservarlos como reliquias preciosas. Exhalaba su cuerpo un olor de santidad que se estendia á mucha distancia. No fué menor la admiracion que causó Catalina en la capital y en el mismo palacio de los reyes, que la que habia producido en las provincias. La Santa logró en la corte y en todas partes lo que solicitaba para la fundacion de su monasterio que edificó poco despues. Erigióse la iglesia encima de su gruta, y cerca de ella se formó otra cueva en la que ella vivió aun cinco años: prodigio igual al de sus austeridades, las cuales hacian naturalmente imposible la prolongacion de su vida. Depositóse su cuerpo en una capilla de la Santísima Virgen, á la que habia profesado siempre una devocion muy particular. Los pueblos de la vecindad conservan todavia tanta veneracion á esta iglesia, y en especial á la caverna que está dentro de ella, que la piedra teñida con la sangre de aquella inocente víctima de la penitencia parece que conserva igualmente el sello de su santidad.

En aquellos tiempos calamitosos en que multiplicándose las sectas, se abandonaban á los últimos escosos del furor, y vomitaban las mas atroces calumnias contra la Iglesia romana, importaba á la fé y era muy propio de la divina Sabiduria multiplicar los ejemplos heroicos de unas virtudes que, á pesar de la fragilidad humana, se forman de continuo, pero solo en el centro de la unidad católica. Aquí fué donde la adolescencia, ó por mejor la infancia, en Estanislao de Kostka, del mismo modo que la fragilidad del sexo en Teresa de Cepeda y Catalina de Cardona, adquirió las gracias singulares que á los diez y ocho años de edad le elevaron á una santidad digna del culto público. Sus padres, que ocupaban una posicion de las mas distinguidas en Polonia, cuidaron desde luego de darle una educacion digna de la grandeza de su casa; pero por mucha que fuese su diligencia, anticipóse á

ellos el Espíritu Santo que quiso ser su primer maestro (1). El primer uso que hizo de su razon, tan felizmente preparada, fué dar á Dios todo su corazón; y con la abundancia de las gracias que se siguieron á esta fidelidad, elevóse desde la infancia á tal grado de perfeccion, que le miraban sus padres como un ángel, y tenian la costumbre de darle este nombre.

Lo parecia con efecto, así en su semblante como en su inocencia, dulzura y amabilidad; pero su belleza, como dice San Ambrosio hablando de la mas pura de las vírgenes, solo inspiraba respeto y deseos de ser casto. Era tan delicado su pudor, que bastaba una palabra por poco libre que fuese para trastornarle enteramente; de suerte que su padre, que le amaba en extremo, tenia gran cuidado de que delante de él se hablase siempre con la mayor reserva, y cuando no podia hacerlo de otro modo, suplicaba francamente á los que empezaban á deslizarse que se compadeciesen del pobrecito Estanislao. Siguiendo el ejemplo de otros muchos nobles polacos, le enviaron á estudiar á Alemania; pero cuando la mayor parte adoptaban las nuevas doctrinas y se abandonaban á las costumbres depravadas de los enemigos de la Iglesia, él hizo cada día nuevos progresos en la piedad sincera y en la pureza de su corazón que es su fruto. Todos deseaban verle cuando asistia á los divinos oficios, inflamado el rostro como un querubín, y abismado el espíritu en la contemplacion de las bondades del Señor, á la presencia del sacramento de su amor. Su vista sola inspiraba veneracion á todo el mundo, y causaba devocion á los menos fervorosos.

Sin embargo, como la corona de la inmortalidad solo se adquiere con violencia, y todos los que se empeñan en seguir á Jesucristo por el camino de la piedad perfecta debien padecer persecucion, tuvo que sufrir Estanislao

nislao todo género de contradicciones y de ultrajes de su hermano mayor, y aun de su maestro. Procuraban confundirle siempre, y ridiculizarle en todo lo que hacia: le trataban de obstinado y salvaje; le acusaban de bajeza de alma y de unos sentimientos indignos de un hombre de distincion y aun meramente sociable. Persuadido el santo niño de que lo que se llama comunmente espíritu de sociedad y ciencia del mundo, no es mas que el arte de olvidarse de Jesucristo y de sus máximas, respondia á todos estos cargos diciendo que conocia que no era él á propósito para vivir en el mundo y que Dios le habia criado para sí solo. Llegó la brutalidad de su hermano á castigarle muchas veces, y aun á darle de palos; y Estanislao lo sufría todo con la constancia de un mártir. En el espacio de dos años que duró esta persecucion, no se le oyó jamás quejarse, ni proferir una palabra que manifestase poca conformidad; al contrario, procuraba complacer en todo á este hermano desnaturalizado, siempre que podia hacerlo sin faltar á su conciencia, y aunque solo tenia dos años menos que él, le obedecia como hubiera podido obedecer á su padre.

Una alma tan agena de las máximas del mundo, no podia fijarse en él. Muy en breve se sintió llamado á la Compañía de Jesús. Despues de alguna irresolucion, la cual lloró en lo sucesivo como su mayor falta, se armó de toda la fuerza que habia adquirido con el uso de los padecimientos, y se determinó á seguir la voz de Dios, á pesar de la resistencia y del poder de sus parientes. Se escapó de Viena, donde estaba estudiando á la sazón, despues de haberlo consultado con Dios y con prudentes directores; se quitó el vestido al salir de la ciudad para dársele á un pobre; se puso un saco que habia llevado consigo; se ciñó el cuerpo con una cuerda; ató á ella un rosario, y echó á andar alegremente con el bordon en la mano. De esta suerte llegó á Augsburgo, y pasó despues á Dilinga para so-

(1) Orleans, Vida de S. Estanislao 7. 1.

licitar su entrada en los jesuitas ante los primeros superiores que tenían estos religiosos en Alemania. No habiendo podido conseguirlo sin el consentimiento de su padre, se armó de nuevo valor, volvió á ponerse en camino con el bordon en la mano, y atravesando otras veinte provincias, caminó infatigablemente hasta llegar á Roma.

Tienen los Santos, como todos los hombres de unas mismas inclinaciones, un tino particular para discernir á sus semejantes. Tres años habia que gobernaba San Francisco de Borja la Compañía de los jesuitas en calidad de general, cuando llegó á Roma San Estanislao de Kostka con cartas en que los jesuitas alemanes daban testimonio de su constancia heroica, de su eminente piedad y de mil cualidades admirables que habian advertido en él. El santo general acogió al santo prosélito con el mayor afecto sin dejarle estar dudoso un solo instante, y le dijo, echándole los brazos al cuello: «Te admito con mucho gusto, Estanislao. Tengo tantas pruebas de que Dios te quiere en nuestra Compañía, que no puedo negarte la entrada en ella. No será extraño que tus padres levanten una tempestad peligrosa; mas si así sucediere, el Señor cuidará de calmarla. Trata tú solamente de agradarle y de ser un religioso perfecto, así como has sido un estudiante piadoso.»

Es difícil explicar el gozo que experimentó Estanislao en el momento en que vió caerse las cadenas con que se habia libertado de la esclavitud del mundo, especialmente cuando poco despues se vió con el hábito de la religion en toda la libertad de los hijos de Dios. Tenia el espíritu tan lleno de su felicidad, que repetía á cada paso con semblante inflamado, y las mas veces con lágrimas de alegría: «Aquí es nuestra suerte semejante á la de los bienaventurados en el cielo. Dios es todo nuestro del mismo modo que de ellos, y nosotros somos todos de él. Si los bienaventurados tienen la ventaja de gozar sin temor,

nosotros tenemos la de aumentar de dia en dia nuestros méritos y nuestra corona.»

Si el santo novicio gozaba el placer de los ángeles, como que estaba dotado de todo el fervor de estas puras criaturas, observaba sus reglas con una exactitud que servia de ejemplo á los religiosos mas antiguos. Ninguna dificultad hallaba en cumplir los preceptos de sus superiores, y nada ejecutaba con mas gusto que las cosas que llevaban consigo cierto aire de bajeza y humillacion. Lejos de disculpase jamás, era el primero en acusarse de sus faltas, y procuraba que las advirtiesen los demas, de suerte que al ver los colores con que las revestia, decian comunmente sus compañeros que era un gran calumniador de sí mismo. El mayor disgusto que se le podia dar era elogiarle ó hablarle de la grandeza de su casa. Pero procediendo de muy diferente modo que aquellos devotos á medias, en quienes conserva la virtud el sello de su humor indigesto; tenia mucho cuidado de no ofender con ademanes desdeñosos, ni con palabras ásperas á los que, por decirlo así, le regalaban el oido. Tenian todas sus virtudes aquel carácter de dulzura y amenidad que le hacia amable á todo el mundo. A nadie despreciaba; sufría con paciencia los defectos de las personas mas imperfectas; conversaba gustoso con los mas simples, y se acomodaba al genio, al humor y á los modales de todos con una condescendencia tan natural y cariñosa, que se tenia por dichoso cualquiera que podia pasar una hora en su compañía. En una palabra, Estanislao habia apreadido perfectamente á ser manso y humilde de corazón: lección esencial de la escuela de Jesucristo, cuya práctica, junta con la imitacion de Maria en su inviolable fidelidad á la gracia y á la regla, ó á las obligaciones de su estado, formó de él un Santo á la edad de diez y ocho años.

Así es que en la estacion en que apenas abren las flores, habia llegado ya á la madurez, y no tardó el Señor en quitar á la tierra

una alma, de la cual solo era ya digno el cielo. Aún no se habian cumplido diez meses desde que entró en el noviciado, cuando á principios del mes de agosto tuvo un aviso interior de que estaba cerca el fin de su vida. Lo manifestó en confianza á algunas personas; pero atendiendo esta á su corta edad y al buen estado de su salud, no pudieron creerlo. De allí á pocos dias le entró una leve calentura; y al acostarse dijo con toda seguridad que no volveria á levantarse de la cama. Habia pedido á la Santísima Virgen, de la cual era especial devoto, que le concediese la gracia de morir antes de la fiesta de su Asuncion gloriosa, para que pudiese asistir en el cielo á la renovación que se hace de su triunfo en aquel santo dia; y con efecto, en la víspera de esta festividad experimentó un sudor frio, y cayó en un decaimiento tan repentino, que fué necesario administrarle á toda prisa los Sacramentos. Los recibió con una alegría y una devocion tan fervorosa, que, en cierto modo, le hicieron superior á su natural flaqueza; dijo algunas palabras edificativas que enternecieron ó hicieron llorar á todos los concurrentes; hizo en voz bastante alta algunos actos de contricion y de amor de Dios; se recogió despues profundamente, y, habiéndosele aparecido entonces la Virgen Maria acompañada de un coro numeroso de vírgenes, como lo dijo en seguida el mismo Santo, espiró con tranquilidad á las tres de la mañana del dia de la Asuncion, 15 de agosto de 1568.

Luego que murió Estanislao se esparció por toda Roma el olor de su santidad, semejante á los perfumes que nunca se perciben mejor que el momento en que acaban de consumirse. Concurrió un gentío inmenso á su funeral: parecia un aparato de triunfo mas bien que una ceremonia lúgubre. Todos deseaban verle, y en su cadáver eran mas las señales que se advertían de la inmortalidad bienaventurada, que los vestigios que habia dejado en él la muerte. No se habian alterado sus facciones; tanto número de sectas como tenían dividida á

subsistia la frescura de sus hermosos colores; y conservaba su semblante aquella dulzura y serenidad que encantaba á cuantos habian tenido la fortuna de tratarle en vida. Así, lejos de espermentarse, al verle, el horror secreto que inspira el aspecto de un muerto, se quedaban embelesados todos los que le veían; le besaban los pies y las manos; aplicaban á su cuerpo libros y pañuelos, y recogían con respeto las flores que le adornaban: lo que dió motivo para que dijese el sabio Toledo, que fué despues cardenal: «acaba de morir un niño, y van todos á verle. ¡Ay de mí! Nosotros moriremos quizá muy viejos; ¿y quién se acordará de nosotros?»

Bastó Estanislao de Kostka para inmortalizar su casa, la cual es todavía célebre en los fastos de la Iglesia, á pesar de que hace muchos años que quedó estinguida en Polonia, donde habia llegado á ser tan poderosa que disputó la soberanía. ¡Cuál fué la ceguedad de su padre cuando para sostener el lustre de su nombre, disponiendo á su arbitrio de la vocacion de su hijo, trató de arrancarle del seno de la religion, y amenazó á los que le habian recibido en ella con una venganza terrible, la que, si no tuvo efecto, fué por haberlo impulsado la santa muerte de Estanislao! Habiendo recibido este mientras vivió los favores mas singulares del cielo, se hizo célebre despues de su muerte con todos los milagros que se requirieron para colocar á un niño en el catálogo de los Santos, y con milagros de tal importancia, en especial para Polonia, que le han elegido todas las clases del reino por su patrono y protector, juntamente con San Casimiro. Un hombre de veinticuatro años y un jóven de diez y ocho, convertidos, en cierto modo, en ángeles tutelares de los soberbios sármatas, son las maravillas que en todos tiempos produce la virtud en el gremio de esta Iglesia de la que no es menos propia la santidad que la catolicidad.

En este mismo año 1568, despues de

la Inglaterra, se suscitó también la de los calvinistas rigurosos, que se daban el nombre de *puritanos*, creyéndose tanto más puros, cuanto más desfiguraban la antigua Religión (1). Dieron principio desechando la autoridad de los obispos anglicanos y toda la disciplina de la iglesia anglicana. El uso de la sobrepelliz y de la sotana, conservado por los episcopales, chocaba en tanto grado á estos nuevos reformadores, que un ministro de ellos, llamado Sanson, quiso más bien perder una pingüe prebenda que conformarse con él. Les parecía que tenía mucha semejanza con las prácticas de la Iglesia romana, y muy conforme con los sentimientos de esta, y su objeto era reducir todas las cosas de la religión al culto desnudo y descarnado de Ginebra. Por último, desecharon todas las liturgias, sin exceptuar la oración dominical, y sustituyendo el espíritu de la sinagoga al de la Iglesia cristiana, querían que se observase el domingo de un modo tan servil como observaban los judíos el sábado. En cuanto á las tradiciones las condenaban todas, mostrándose en esto más consecuentes que sus primeros autores, los cuales cortaban el tronco y conservaban por capricho algunas ramas desgajadas. Por lo demás, miraban con tanta aversión estos duros y desdenosos sectarios á los que no adoptaban sus falsas máximas, que se habrían reputado impuros, solo con haber hecho oración en un lugar consagrado según las fórmulas de cualquier liturgia que fuese. Escitaron horribles y muy largas turbulencias en las islas británicas, donde, á pesar de la severidad y de toda la destreza de la reina Isabel, adquirieron tantos partidarios, especialmente en Escocia, y aun entre los episcopales, que por último fueron sus émulos, y llegaron á tal grado de poder, que les disputaron la igualdad y algunas veces la preeminencia. El conde de Hutington, indigno sobrino

(1) Sander. *haeres.* p. 221; *De Schism. Angl.* l. 3.

del cardenal Polo, fué uno de los primeros y principales protectores que tuvieron.

Las novedades de Bayo, menos groseras que los errores de los puritanos, y por lo mismo mucho más peligrosas ó más difíciles de extirpar, sin embargo de la censura de las universidades más célebres, de los anatemas de la Santa Sede y de la reprobación del doctor que las había inventado, parecía que li-songeaban aun á su amor propio, y tenían gran número de secuaces, á lo menos en el claustro. Aquella primera iglesia que está principalmente encargada del depósito de la fé, y que hallándose en una continua lucha con los hereges conoce todas sus maniobras, su gerigonza embustera, y la insuficiencia de su sumisión verbal y vaga, mandó á su antiguo comisionado, el vicario general de Malinas, que diese entero cumplimiento á su encargo, y especialmente que obligase á Bayo á presentar una abjuración exacta de todas las proposiciones condenadas con motivo de sus escritos y á solicitar la absolución de las censuras en que había incurrido publicando sus opúsculos, á pesar de la prohibición que de ello se le había hecho.

El vicario general Morillon trató desde luego de purgar al orden de San Francisco de las novedades que se habían introducido entre los franciscanos de los Países Bajos; y este instituto, adicto en todos tiempos á la sana doctrina y muy particularmente á la Silla apostólica, no se desmintió en aquella ocasión. Todos ellos, sin exceptuar á Fr. Lupi y á su maestro que estaban antes muy encaprichados con el bayanismo, mostraron una docilidad ejemplar. Sin embargo, entre los mismos superiores, cuya mayor parte habían manifestado mucho celo contra la doctrina proscripta, había uno de los principales, á saber: el P. Pipino, provincial de Flandes, que protegía ocultamente á los partidarios de la novedad y procuraba dar los empleos de la religión á los sujetos más á propósito para difundir sus ideas. Depuso Mori-

llon á este provincial, y en su lugar fué elegido el erudito P. Leodio, defensor no menos celoso que ilustrado de la sana doctrina. Luego que tomó posesión convocó una asamblea compuesta de los superiores y de algunos diputados de cada casa de la provincia; les intimó las órdenes de la Santa Sede y al momento abjuraron el bayanismo todos los guardianes y diputados, así en su nombre como en el de sus comunidades. En las demás provincias de los franciscanos, no había llegado el mal á tanto grado como en la de Flandes y así no se usó de remedios tan fuertes; pero en todas partes se dieron unas providencias tan eficaces, que con el tiempo y con los temperamentos convenientes extirparon hasta el más pequeño germen de los nuevos errores entre todos los franciscanos de la Bélgica.

Es verosímil que hubiera sucedido lo mismo en la universidad de Lovaina, si la conducta de Bayo su jefe hubiese sido igualmente franca; pero entre todas las pasiones no hay otra más difícil de sujetar que el amor de la novedad en los que inventan ó son jefes de un partido. Habiendo pasado Morillon á Lovaina con el objeto de exigir de Bayo lo que prevenían las órdenes de la Santa Sede, le halló tan mal dispuesto en la primera conferencia, que temió irritar el mal aplicándole el remedio, y creyó que ni aun debía manifestar entonces sus intenciones. El novador, idólatra de sus opiniones y de su reputación, sin embargo de que se le había tratado con una indulgencia en cierto modo excesiva, se hallaba tan triste y abatido que creyó que estaba cerca su última hora. Unas veces acusaba á sus jueces de que le habían condenado sin oírle, otras se quejaba de que las proposiciones censuradas no se habían sacado fielmente de sus libros, y otras que muchas de ellas habían sido sostenidas en todos tiempos en las escuelas católicas y aun enseñadas por San Agustín y San Próspero (1):

(1) *Cart. 3. de Morill. al Card. de Granv.*

á lo cual añadía, con grande escándalo de los fieles, que se podría muy bien escribir alguna cosa contra una decisión que era un testimonio de que se autorizaba en Roma el pelagianismo.

Aunque ofendieron mucho á Morillon estas quejas escandalosas, se contuvo sin embargo, é impugnando punto por punto cuanto había dicho Bayo, le hizo presente que sus obras habían hablado por él, y que no había sido necesario oírle, supuesto que sus escritos podrían manifestar su doctrina aun después de su muerte. En cuanto á la fidelidad de los extractos, le dijo que todo el mundo podía convencerse de ella, cotejando sus escritos con la bula; y que por lo demás no tenía razón para quejarse de que contenía artículos que no eran suyos, porque esta circunstancia le sería favorable y probaría únicamente que la bula no se había expedido contra él solo, siendo muy notable la condescendencia con que se le había tratado absteniéndose de nombrarle en ella, y siendo por lo tanto muy extraño que todavía se quejase de ello. «Por lo que hace á los artículos controvertidos en la escuela (continuó), sabe muy bien la Santa Sede apostólica, sin que usted se lo diga, qué es lo que puede y lo que no puede defenderse. ¿Se atreverá usted á negar que su doctrina ha sido censurada por los doctores de París, por todas las universidades de España, por muchas personas sabias de Roma, y lo que es más, que escandalizó á un gran número de Padres en el concilio de Trento, y que á no haber sido por el obispo de Ipres y por las razones que obligaban á terminar cuanto antes el concilio, hubiera sido quizás condenada en presencia de usted?» Acerca de la pretendida semejanza entre las proposiciones de Bayo y los principios de San Próspero y San Agustín, concluyó Morillon en pocas palabras diciendo que no tenía comisión para juzgar sobre ello, y mucho menos para mezclarse en semejantes disputas, las cuales son muy inútiles para creer y vivir bien; y des-